

PACO IGNACIO
TAIBO II

LOS ALEGRES
MUCHACHOS
DE LA LUCHA DE CLASES

© 2023, Paco Ignacio Taibo II

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño, basado en una idea de Marina Taibo

Fotografía de autor en portada: Eduardo Penagos @epenagosv

Fotografía de portada: © iStock

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2023

ISBN: 978-607-39-0753-8

Primera edición impresa en México: noviembre de 2023

ISBN: 978-607-39-0631-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

ELLOS

Ellos desde luego pensaban que eran inmortales.

Estaban absolutamente convencidos de que el pasado, el presente y el futuro eran material intercambiable tan sólo en un ciclo de 24 horas. Era la consecuencia de no tener demasiado pasado, de tener un desinformado exceso de involuntario respeto al presente y de no haberse puesto a pensar seriamente en el futuro. No tenían capacidad para imaginar pesimistamente el futuro. Por lo tanto, ni siquiera intuir que existía esa cosa llamada «el porvenir».

Ellos creían fielmente en la multitud de fantásticos futuros paraísos que en aquellos años en la izquierda estaban de moda, y desde luego no participaban de la maligna frase de Paul Nizan, que hacía de la adolescencia y la juventud una desgracia irreparable, aunque la citaban frecuentemente, pasada la frase por la pluma de Malraux.

Ellos hablaban de sí mismos como si fueran volátiles, efímeros, como si estuvieran siempre al borde de la desaparición o la consagración. Parecían desgastados héroes poco más que adolescentes, discípulos de un Houdini maoísta dotado de sentido del humor, o personajes de un Rulfo leninista, urbanizados y reforzados por 50 años de magia repetitiva y de autoritarismo estatal priista.

Ellos intuían que nada era totalmente imposible.

Quizá la culpa la tenía el clima, la atmósfera irreal que se vivía en la Ciudad de México de los años sesenta y setenta, las perniciosas lluvias de aquellos septiembres. Eran días en los que las ilusiones se desvanecían sin dejar el regusto de la derrota, porque habían sido sustituidas rápidamente por otras nuevas ilusiones igual de flamantes, flamígeras y rotundas.

Ellos tenían una ligera admiración por los futboleros Pumas, porque eran universitarios y habían llegado desde la segunda división, pero a veces eran polis o chapin-gueros, o normalistas y el 68 nos había unificado a todos. Admiraban a escasos deportistas, sólo los imposibles y los locos como el corredor de fondo checo Emil Zátopek, la Locomotora Humana, que había apoyado la primavera de Praga, lo habían expulsado del PC y había terminado su vida y trabajando como basurero; o el etíope Abebe Bikila, flaco y escurrido, hijo de una dieta de hambres, muerto a los 41 años, dos veces ganador del Maratón y desde luego a sir Edmund Hillary y al sherpa Tenzing cuando el neozelandés le dijo al nepalés que el argumento

supremo para subir al Everest (8 848 metros trepados por la imposible línea recta que nadie usa) es *because is there* («porque está allí»), cosa que se quedó sin respuesta porque el sherpa se calló lo que estaba pensando, que él lo sabía desde mucho antes, porque ese era su rancho.

Ellos vestían camisas blancas y azules de algodón grueso y pantalones vaqueros levemente acampanados, sin llegar a las patas de elefante; ellas usaban blusas rosas y azul pálido con bordados mexicanos, y pantalones vaqueros, porque la minifalda no era una buena compañera para entrar en las tardes y salir en las noches de los barrios obreros.

Ellos y ellas recorrían impávidos, como peterpanes y campanitas al timón del acorazado Potemkin, una ciudad sucia y áspera donde si te descuidabas te podían romper las medias con una navaja, robarte las ilusiones, torturarte, meterte en el suelo de una patrulla azul y romperte la mandíbula a patadas, sacarte un ojo con una punta de varilla, llevarte entre las patas de los caballos, meterte electricidad en los huevos hasta que parecieras árbol de Navidad, rellenarte los pulmones de gas y las costillas de palos, sacarte hasta los últimos miedos y las últimas lágrimas.

Ellos y ellas creían que eran inmortales e incorruptibles. El tiempo, que es una mierda, se encargó de demostrarles lo contrario, o una variación: algunos, sólo algunos, unos cuantos, serían corruptibles, pero todos eran mortales.

CON TÍO EN EL PARQUE DE BEGOÑA (1956)

Deberías tener siete años y caminabas con tu tío abuelo por el parque de Begoña, tratando de convencerlo de que te comprara una carioca, que era un saquito relleno de arroz y con una cola de papel de China de colores, que usando la cuerquita que amarraba el saco y moviéndola como honda levantaba hacia el cielo ondulando su cauda amarilla o naranja.

Tío solía ser bastante amable y condescendiente con el clero, a pesar de que no practicaba, pero ese día debió haberlo tocado con un ala el demonio, porque cuando un cura gordo con sotana y sombrero de teja avanzó hacia nosotros, me dijo:

—Pregúntale.

Y le solté de sopetón al sacerdote:

—¿Por qué el Vaticano no reparte sus tesoros a los pobres?

Yo no tenía muy claro que eran los tales tesoros, pero

abundantes novelas de piratas, me hacían imaginar los cofres con lingotes de oro y collares de perlas y puñados de esmeraldas o rubíes escondidos en el sótano de la Capilla Sixtina.

El cura, que creo que se llamaba don Gregorio, sonrió condescendiente y depositó su gorda mano encima de mi cabeza.

—Lavilla, debería llevar a este niño más veces a la iglesia.

—Mi abuela Elisa me quiere llevar los domingos, pero yo no voy porque no dejan fumar en las iglesias.

—Pero tú no fumas, niño.

—Pero voy a fumar mucho —respondí con una capacidad de premonición que ni hoy mismo reconozco.

El cura salió huyendo por el paseo arbolado de magnolios en uno de aquellos años oscuros del franquismo.

—Un día de estos nos van a meter a la cárcel, a mí otra vez —dijo Tío.

TODA HISTORIA ES PERSONAL (1964)

El día en que Escalante ganó el concurso de gargajos, un oscuro burócrata poblano particularmente feo, clandestinamente santurrón y putaño, llegó a la Presidencia de la República mexicana tras haber sido ministro de Gobernación y recorrido un largo camino de servilismos y abominaciones. Se llamaba Gustavo Díaz Ordaz, era miembro del PRI y estaba dispuesto a controlar férreamente el país que su partido le había heredado. Melifluo, simiesco, tieso como palo de escoba, no parecía excesivamente peligroso.

Ese mismo día yo me enamoré, fatal e inútilmente.

Las tres historias habrían de estar secretamente conectadas en mi vida. O eso supongo inciertamente al paso de los años.

Desde el tercer piso del patio de la secundaria y usando el barandal con ambas manos para impulsarse, Escalante lanzó un gargajo que voló 17 metros hacia el centro

del patio (según los parciales observadores). Resultaría una marca insuperable. Ni siquiera los esfuerzos de la Bruja Bustamante y de el Verduras pudieron opacarlo. Escalante, un güero deslavado y pecoso, saludó a la multitud congregada alzando los brazos en medio de los aplausos.

Yo formaba parte de los espectadores. En aquellos días hacía poco y observaba mucho. Me parecía una actitud inteligente. Sobre todo porque cada vez que pasaba a la acción, metía la pata.

También solía inventar historias.

Y me las contaba solo. Atentamente armaba el párrafo inicial y lo decía en voz alta. Estaba, sin permiso de la mamá de Joyce, inventando el monólogo interior. Ese día fantaseaba sobre el departamento 303 de mi edificio, que había quedado desocupado. Decidía que vendría a vivir a él una señora muy puta, vestida de lila. Resultó que al final apareció una avinagrada cincuentona y flaca, jefa de personal de una cadena de tlapalerías.

Tenía sueños confesables y de los otros. Uno «de los otros» de los que me abrumaba y más nervioso me ponía “de los otros”, era yo mismo contándole a mis compañeros de clase, con el marrano del profe de matemáticas enfrente, el siniestro Pompín, que toda mi vida había querido ser escocés, porque era la única manera de usar una de esas faldas chingonas sin proponerte como gay (en esa era, joto, homosexual, cualquier cosa más en el insulto que en la definición). Los escoceses eran cabrones

y la combinación entre falda, gaita y sable monumental era por lo menos, absolutamente grandiosa.

Tanto pedo para reconocer que me hubiera gustado ponerme una faldita de cuadros. Para cambiar, para poder ser otro, otro más. Diferente. Para poder ser encabronadamente diferente.

Y lo de enamorarme parecía importante. Aunque nunca llegué a decírselo a aquella muchacha que conocí en una fiesta y que tenía trenzas, usaba un horrible uniforme del Queen Mary, de larguísima falda azul. Y además no duró demasiado. Una semana.

EN SAN COSME ESQUINA CON
MIGUEL SCHULTZ (1966)

Los vietnamitas paraban en seco al imperio y eran chiquititos y Ho Chi Minh fumaba todo el rato, hasta en la bañera, sacando la cabecita para sostener el cigarro y era poeta. Había que estar con ellos Los policías de azul se desplegaron tomados de la mano cerrándonos el paso ¡qué absurdo! Un ballet silencioso porque se me fue el oído y las sirenas desaparecieron Parecían de película de Disney los siete enanitos los tres cochinitos los animales de canción de Cri-Cri y sólo quedaba un hueco entre las alambradas que cubrían el estacionamiento como los ratoncitos de *La Cenicienta* y la calle nomás dos metros de banqueta. Todo estaba lleno de sirenas sirenas y gritos y tú sirenas y Antonio corrían Antonio perdido sin sus lentes y me traía tomado del hombro aferrado jalándome Tu hermano Toño marcándole para donde había que correr Por el hueco Atrás los granaderos estaban apaleando a los manifestantes y una pinche Cruz Roja entraba a

sirena abierta por mitad de San Cosme. Triunfal. Y fuiste hacia el hueco por instinto y porque a dónde mierdas más se podía ir dos tipos salieron de la entrada del estacionamiento para cerrarles el paso traían periódicos enrollados en la mano derecha y gabardinas y uno de ellos tenía bigote un pinche bigotón saltaste con un pie por delante para darle en los huevos, para darle y el uno se fue sobre el Toño y sentiste el golpe sobre la ceja la sangre que corría y nomás te había dado con un periódico pero el periódico traía una varilla adentro Con eso y tirando del Toño miope aferrado por el cuello de la camisa aprendiste a desconfiar de la prensa Las sirenas atrás y luego nada ni gritos un instante sordera de combate la vida es como el cine y al volver los sonidos eran distantes subieron por la calle Santa María y luego en elevador sin atreverse a mirarse puras pinches ruinas que ves al departamento de tus abuelos y sin soltar al Toño de la camisa tu abuela abre la puerta y ve te ve a un nieto ensangrentado con un tipo prendido a su brazo derecho que le sonrío el nieto no el Toño o los dos y le dicen Buenas tardes señora y ¡verga! que se desmaya tu abuelita y apenas se oían a lo lejos las sirenas Ho Ho Ho Chi Minh y siete puntos en arco sobre la ceja izquierda, la camisa de Toño hecha mierda y la mía llena de sangre y el abuelo, viejo socialista asturiano que había estado en muchísimas manifestaciones, cárceles, una revolución y una guerra a lo largo de su muy larga vida te dijo: ¿Por lo menos le diste una patada en los cojones al policía?

TODA HISTORIA ES PERSONAL (1952)

Debería tener tres años y vestía un impermeable amarillo y pantalones cortos y tenía unas botas de caucho también amarillas. Y me había metido en un árbol que había sido arrancado, o se había caído, un tocón, un pedazo de tronco que tendría menos de medio metro de altura y cuyas raíces enrevesadas afloraban a la superficie, y yo escondiéndome de algo, de alguien, había metido el pie en medio de las raíces y me había enganchado, y no podía extraerlo, y por más que movía el pie no podía sacarlo y no podía gritar y no había ayuda posible cercana y lloraba.

Ese es mi primer recuerdo, mi primera memoria, la primerísima, el origen de toda mi historia, mi completita historia que se inicia con un niño con chubasquero amarillo que no puede sacar el pie de una trampa mortal. A veces pienso si no se tratará de una memoria prestada por las fotos o los recuerdos familiares, eso que llaman

la falsa memoria, porque de alguna manera en el recuerdo me veo con el pelo rubio ensortijado que me acompañó muy poco tiempo en mi infancia y que más bien asocio a mi hermano que a mí mismo. Pero no, la angustia está ahí y aquí, y vuelve y no veo el pelo sino el impermeable y la bota atrapada en las raíces. Curiosamente es una historia sin final.

De que saqué la pata la saqué. Por eso estoy contando esta historia. Si no, estaría momificado en un museo. ¿Cómo? ¿Alguien me ayudó? No tengo idea. Ha quedado la angustia de la trampa terrible y sin salida, no el final feliz, no la victoria, sólo la desesperada batalla impotente del niño del impermeable amarillo.

PATRIA (1960)

«La patria de cada uno es la infancia, en el sentido moral y cultural; en el sentido físico, las cuatro esquinas en las que se ha meado», decía mi amigo Manolo Vázquez Montalbán en esos arranques de lucidez que acostumbraba frecuentemente. El siquiatra Santiago Ramírez, padre de mi amiga Elisa, decía que infancia era destino. O sea que, sumando: patria era destino y las cuatro esquinas donde measte de niño y de postre había que mirarla como José Emilio Pacheco («No amo mi patria. Su fulgor abstracto es inasible»). Por más que adoro las tres frases, no lo fue para mí. Patria fue una adquisición forzosa adolescente, penosamente apropiada, casi autoimpuesta.

Cuando mi padre, tras haber terminado en la primaria de la colonia, una escuela amable que tenía el horrible nombre de «Ceferino Aguirre Bilingual School», me dijo: ¿Dónde quieres estudiar? En la Secundaria 4, diría que contesté, y cuando levantó la ceja respondí:

Porque ahí va la gente. Se puso muy contento. Papá había decidido que España era un error que venía del pasado y que había que olvidar lo más rápido posible y me agradecía el apoyo. Seríamos mexicanos. Seríamos mexicanos a huevo. Seríamos mexicanos por cojones y el Popocatepetl no le pedía nada al Everest, por más que mis lecturas infantiles decían lo contrario, y se levanta en el mástil mi bandera y eso me obligó a adquirir patria de la nada y a sacar el promedio más alto de la secundaria para poder ser el abanderado, cuyo mástil de bronce era buenísimo para los chingadazos cuando me perseguían para quemarme los pies invariablemente cada 16 de septiembre (al grito de «La venganza de Cuauhtémoc»). Y como no tenía idea de dónde estaba Aguascalientes o cuándo había nacido Juárez, y no me gustaban las series de televisión mexicanas, tuve que adquirirlo todo, todo todísimo, hasta el gusto por los chiles en vinagre, aunque a veces sin saber lo que estaba haciendo. De tal manera es que patria es lo vivido que te amarra a una gente y a un territorio. Lo adquirido. La identidad construida, la pertenencia, la voluntad de jugártela por algo y para siempre.

Lo bueno de haber sido niño de izquierda, es que traes en los genes la fraternidad y en el cerebro racional la clara idea de que patria son los pobres, porque los ricos prefieren los bancos suizos a los helados en la Alameda.